



Como se ha dicho, de Rueda nada se publicaba desde hace algún tiempo. Por ello, con ocasión del cincuentenario de su muerte, la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga creyó que no se podía aplazar por más tiempo la publicación de una vasta muestra de su poesía, para conocimiento de los nuevos lectores. La tarea, encomendada a la reconocida competencia del profesor Cuevas, catedrático de Literatura de la Universidad de Málaga, ha resultado lo mejor que se podía esperar dada la dificultad del empeño. Y junto a esa vasta muestra, que ocupa más de mil páginas, Cuevas nos ofrece también una completa revisión crítica, capaz de suscitar en otros estudiosos una labor de investigación que, en realidad, está toda por realizar.

Nos hemos referido antes a que Rueda exige la antología, aunque quizá hubiera sido lo ideal, si ello fuera posible, el haber reunido su poesía completa. Pero tal empeño —y así lo reconoce Cuevas, que tiene motivos para conocer su imposibilidad— es por el momento impracticable. La abundancia de esa poesía, su dispersión, las múltiples variantes y evidentes desigualdades, son todos factores que se concitan para que así sea. La publicación de la obra completa de Rueda exigiría quizá multiplicar por tres las más de mil páginas que componen esta selección.

Dicho todo lo anterior, tendré que referirme a partir de ahora al estudio introductorio de Cuevas, extenso y bien estructurado, que nos ofrece junto con la más completa bibliografía que sobre el poeta se puede aportar. Cree el crítico, en primer lugar, que para la cabal comprensión de la poesía de Rueda, es necesario un cierto conocimiento de su vida. Ello no supone que el crítico no se mantenga precavido ante los peligros de lo que se ha llamado la «falacia biográfica». Aprecia esos peligros, los tiene en cuenta; pero afirma rotundamente que la biografía de Rueda es la clave de su obra. La tesis es plausible, pues sobre ella incide también Alfonso Canales, cuando en las páginas que sirven de colofón, asegura igualmente con entera convicción que Salvador Rueda es ante todo un poeta de Málaga. «Salvador Rueda —dice Canales— fue un fruto espontáneo del paisaje que rodea la casa donde nació.»

¿Qué se puede decir de la vida de Rueda? Para empezar, que su infancia no puede ser más rousseauniana. Infancia campesina, humilde; niño soñador, atento solamente a las voces profundas de la naturaleza. Ello explicará al poeta sediento de luz y de tierra; al poeta —uno de los pocos entre los nuestros— que tiene sentidos para los seres minúsculos, para las humildes criaturas que nos acompañan en el misterio de la vida.

Luego vendrá, ya en la edad juvenil, la lectura de los clásicos, de los que siempre se considerará heredero. Y con razón, pues éstos dejarán en su poesía una marca indeleble. Y más tarde se producirá la experiencia, el impacto si así se quiere denominar, de la gran ciudad, a través de Málaga. Hoy apenas podemos formarnos una idea del asombro que causó en aquel sensible campesino de Benaque, la vida de una gran ciudad. Como todo es relativo, es necesario incluso aguzar nuestra comprensión para comprender la actividad de una capital de provincias en la pasada centuria. Sea esta actividad la que fuere, lo cierto es que a través de ella tuvo el poeta una experiencia fabulosa de la vida moderna. Por último, se debe decir que este período de iniciación se cierra con la muerte del padre, con gran significado psicológico y moral también para el poeta. En suma, todos los hechos a los que acabo de referirme pertenecen al ámbito más

delicado de la intimidad, que son el tipo de experiencias que más contribuyen a la configuración espiritual de un hombre.

Entre 1870 y 1875, Rueda se establece definitivamente en Málaga (el poeta nació en 1857). Y como se sitúa hacia 1872 la redacción del poema *El agua y el hombre*, este hecho deja en el aire la difundida opinión de que el poeta a los dieciocho años apenas sabía garrapatear su nombre. Sea lo que fuere, en 1882, Núñez de Arce, que será su protector y guía, lo llama a Madrid.

La etapa madrileña de Rueda, que será la más brillante, va a durar 37 años. Su firma aparecerá en periódicos y revistas de la Corte; pero su corazón de campesino —será el caso que se repetirá después en la persona de Miguel Hernández, con quien mantiene más de un parentesco— se rebela contra la crueldad de la vida urbana. Y aunque ya se apuntó en su momento, es interesante destacar que Salvador Rueda tiene un sentimiento de la naturaleza tan vivo y tan auténtico, que se adelanta en muchos aspectos al actual movimiento ecologista. Volveremos más adelante sobre este punto.

En lo que se refiere a su oficio de poeta, la mayor de sus obsesiones va a ser la cuestión rítmica. Su aportación en esta materia, aun siendo un tanto pintoresca e intuitiva, no por ello puede considerarse enteramente desdeñable. *El ritmo*, por ejemplo, supone un intento de innovar en un terreno en el que apenas se había aportado nada nuevo desde la época clásica.

Luego viene su agitada relación con Rubén Darío, relación amistosa y mutuamente admirativa cuando tuvo lugar el primer viaje del poeta americano a España, pero distante, e incluso enconada, a partir del segundo, que supuso, por otra parte, el triunfo sin reservas del nicaragüense en nuestro país. Como se sabe, la ruptura se produjo con motivo de un artículo de Rubén en *La Nación*, en el que vierte conceptos que a Rueda le resultan hirientes. Este distanciamiento de Rueda respecto a Rubén, dejará en el malagueño una herida nunca cerrada, además del amargo convencimiento de que se ha sido injusto con su persona y su obra.

Rueda realizará amplios viajes a América, con sentido de misión hispánica. Quizá este ingenuo pero entusiasta «hispanismo», fue el que le atrajo el título de «Poeta de la Raza», al que, por supuesto, no se debe conceder ninguna significación racista, sino que debe ser interpretado en la clave retórica que el tema del hispanismo ha tenido en tantas ocasiones. Y, por último, su regreso a Málaga, ya en los umbrales de la senectud, hay que interpretarlo como un deliberado propósito por parte del poeta de reencontrar sus raíces.

La etopeya de un poeta queda incompleta si en ella no se incluye su personalidad lírica, que es verdaderamente la que la determina. Por ello, es lógico, además de redundante, el afirmar que era el de Rueda un temperamento esencialmente poético, que él encarnaba, el arquetipo del «hombre estético» en toda su verdad. En consecuencia, Rueda ejerció de poeta sin rubor y sin concesión alguna al utilitarismo alicorto de la apocada burguesía que dio tono a la Restauración. En modo alguno se le ocurrió simular alguna condición utilitaria, a la manera moderna en la que el poeta se atribuye determinadas funciones más o menos imaginarias, para su actividad de poeta. Rueda considera su condición como un auténtico «officium», incluso con sentido soteriológico. Y el profesor Cuevas recuerda a este respecto unos versos bien expresivos de Rueda: «El mundo me enseñó que pesa tanto / como una cruz de redentor la lira». Quizá esta